

dinamarquesas cerca de la ciudad de Schleswig en 23 de abril, al día siguiente las volvió a derrotar cerca de Oversee, y el día 25 tomó a Flensburg. Entre tanto había llegado al teatro de la guerra el general hanoveriano Halkett con 9,000 hombres del décimo cuerpo de ejército federal, que ocupó el Sundewitt (1) hasta cerca de las famosas alturas de Duppel, que los dinamarqueses habían fortificado hasta hacerlas casi inexpugnables.

Desde los primeros días de las hostilidades, se hizo patente la superioridad de la diminuta Dinamarca sobre su gigantesco pero torpe adversario, porque con un par de buques de guerra, viejos y casi inservibles, paralizó todo el comercio marítimo alemán y bloqueó todos los puertos alemanes del Báltico y del mar del Norte. Tan grandes fueron estos perjuicios que el gobierno de Prusia instó a la dieta para que le autorizase a ocupar una parte de Jutlandia a título de garantía de una indemnización suficiente al fin de la guerra. Accedió la dieta y los prusianos ocuparon a Kolding, Fridericia y Aarhus e impusieron al país una contribución de guerra de dos millones de talers dinamarqueses (11.377,500 pesetas); pero todo esto no compensaba ni con mucho el valor de los buques apresados por el enemigo.

Esta vergonzosa impotencia marítima de los alemanes, tan orgullosos de su superioridad, llevó hasta los pueblos más apartados del interior de Prusia la convicción de la necesidad de una fuerza naval, y si bien fue muy mezquino el resultado de la suscripción nacional iniciada, con los seis millones votados por la asamblea nacional pudieron presentarse en el verano del año siguiente en las bocas del Weser once buques de guerra mayores y seis cañoneros a las órdenes del almirante Brommy. Por desgracia, este rudimento de escuadra nacional alemana no pudo prestar ningún servicio, pues la bandera tricolor que llevaba no estaba reconocida por ninguna potencia ni ninguna tampoco había reconocido al poder central de Francfort ni pensaba reconocerlo: tan acostumbrada estaba toda la Europa a la división interior e impotencia seculares de la Alemania y a su sumisión a las influencias extranjeras, que todo el mundo miraba el movimiento unitario de los pueblos alemanes como una travesura, una infracción en la ley de orden público y hasta como un atentado al sistema político de Europa. Palmerston y Cavaignac se negaron a recibir oficialmente al enviado del regente o curador del imperio alemán; la Francia republicana no quiso oír hablar del principio democrático de dejar a los pueblos como a los individuos arreglar sus asuntos mientras no invadiesen la libertad de los demás, y cuando estos principios podían robustecer a las naciones vecinas. La república francesa, lo mismo que la monarquía, creía que los pueblos limítrofes tenían el deber de estar divididos y de ser débiles, porque así convenía a la Francia. El ministro francés de Negocios extranjeros Bastide, escribía en 8 de agosto a su embajador en Berlín: «La unidad alemana es en principio una cosa excelente mientras se mantenga dentro de los límites de la fraternización democrática entre los diferentes pueblos que componen la gran familia alemana; pero cuando traspasa este límite y quiere absorber, bajo el pretexto de unidad y hermandad, el Schleswig, que es danés, el Limburgo, que es holandés, la Lombardía y Venecia, que son italianas, la provincia de Posen, que es polaca, y quién sabe si también la Alsacia y la Lorena, entonces hay que combatir esta unidad; y siendo patente esta tendencia, es menester sostener por lo pronto la inde-

(1) Distrito llano con ligeras ondulaciones, fértil, cruzado de tres calzadas y muchos caminos vecinales, así como de una red de fosos, cercas y diques para separar y desecar las propiedades; todo lo cual facilita en extremo la guerrilla y defensa de este territorio, cuya superficie es de 150 kilómetros cuadrados. (N. del T.)

pendencia y nacionalidad de la Prusia, la Baviera y demás Estados. No debe consentirse que la Prusia entre en la confederación de 45 millones de habitantes, que no llegará a constituirse pero cuya sola tentativa nos puede ser perjudicial (2).» El gabinete inglés no miró con tanta hostilidad la tentativa de fundar la unidad alemana, teniendo en cuenta que podría ser un contrapeso a las extralimitaciones de la Francia y que Bunsen había dado todas las seguridades apetecibles de que la Prusia no aspiraba a ningún engrandecimiento territorial en los ducados; pero fuera de esto, el pueblo inglés no comprendía el movimiento unitario alemán, y no simpatizaba con él porque temía que este movimiento podría facilitar la extensión de la unión aduanera a toda la Alemania y perjudicar así los intereses mercantiles de Inglaterra.

La Suecia, que desde la paz de Viena hasta entonces había vivido recogida en sí misma, dedicada a desarrollar sus recursos interiores, dejó su vida apacible, y deseosa de contribuir a la organización de una unión escandinava, se puso del lado de la Dinamarca.

Por grande y general que fuera la agitación que se había apoderado de gobiernos y pueblos en un sentido o en otro, no llegó a la saña y furia con que el zar Nicolás contempló desde su capital la embriaguez revolucionaria que contagiaba a todo el mundo menos a la sagrada Rusia, gracias a la mano férrea con que había ahogado los gérmenes revolucionarios más insignificantes que se habían introducido en su imperio, cerrado herméticamente, en especial del lado de Europa. El gobernador general de Polonia, Paskiewitz, amenazó a la población de Varsovia con reducir la ciudad a cenizas a la menor tentativa de rebelión y ahorcar sobre las ruinas de aquella capital a los agitadores; la censura draconiana ahogó toda manifestación personal; en Riga y Dorpat el gobierno selló todos los comercios de libros y tuvo a los dueños arrestados en sus casas más de dos años. Después fijó en 300 el número máximo de los estudiantes que habían de cursar a sus expensas en cada universidad. Hasta más allá de los límites de su imperio deseaba imponer su sistema y desahogar su rencor. Censuraba la conducta de su cuñado el rey de Prusia, que se había humillado ante la revolución; no hablaba de él sino con bafa y desprecio, y hasta llegó a proponer al hermano del rey, cuando estuvo en Londres, mientras en Berlín continuaba prevaleciendo la corriente revolucionaria, que se pusiese a la cabeza de las tropas estacionadas en Holstein o de las que estaban en la Prusia oriental y en Posen, y marchase con ellas a Berlín para poner término allí de una vez a la comedia democrática. Lo mismo dijo al general prusiano Dohna, que asistió en otoño de 1848 a los grandes simulacros militares del ejército ruso cerca de la frontera prusiana. Cuando este general felicitó al emperador por el estado brillante de su ejército, le sorprendió Nicolás con estas frases: «¿Le gustan a V. mis tropas? Pues bien, a su disposición están si se pone V. a su cabeza y marcha con ellas contra la ciudad insurrecta de Berlín.» El así interpellado replicó que un general prusiano no marchaba sino cuando su rey se lo mandaba (3). Por lo demás, la entrada de las tropas prusianas en el Schleswig-Holstein era para Nicolás una felonía. Ninguna simpatía despertó, pues, la Alemania, toda la Europa estaba en aquella ocasión del lado de Dinamarca.

El gabinete inglés, aparte de sus simpatías indudables a favor de Dinamarca, deseaba impedir que la guerra por los ducados se extendiese a otros países y favoreciese la influen-

(2) Véase Bastide, *La république française et l'Italie*, 1848. *Documents*, pág. 50.

(3) Véase la obra alemana: *Berlin y Petersburgo*, publicada en 1880, págs. 21 y 24.

cia rusa, y quería al mismo tiempo sacar a la Alemania de la posición falsa y caótica en que estaba, todo por supuesto sin perjudicar los intereses británicos. Habiendo protestado a su tiempo contra la entrada de las tropas prusianas en el Schleswig, a tenor del tratado de garantías del año 1720, tan pronto como conjeturó que podría ser acogida su proposición, ofreció al gobierno de Berlín su mediación para un armisticio bajo la condición de que la Prusia evacuara la Jutlandia. Federico Guillermo IV hacia tiempo que estaba arrepentido de haber emprendido la guerra, y el partido feudal estaba indignado de que el ejército prusiano sirviese en los ducados a la causa de la revolución cuando convenía ahogarla en la propia casa. A esto se agregaba que el bloqueo marítimo causaba inmensos perjuicios a las provincias prusianas ribereñas del Báltico, y finalmente había la convicción absoluta de que la Alemania por lo pronto no se hallaba en estado de obrar con la unión necesaria, porque el gobierno de Viena ni siquiera había llamado a su embajador en Copenhague; Hamburgo también continuaba sus relaciones de comercio y de mediadora de la correspondencia pública con Dinamarca, como si no formase parte de la confederación alemana; los estados cuyos contingentes constituían el décimo cuerpo de ejército de las fuerzas federales, se mostraban muy poco belicosos, y hasta llegó a temerse que a consecuencia de las instigaciones de la diplomacia inglesa y de la rusa retirase el rey de Hanover su contingente del teatro de la guerra, lo que hubiera sido para toda la Alemania una burla sangrienta y una mancha indeleble. La situación militar también inspiraba temores, porque Halkett, que con sus nueve mil hanoverianos ocupaba el Sunderwitt y cubría las espaldas de los prusianos, no habría podido resistir si le hubiesen atacado los diez y seis mil dinamarqueses que se habían ido concentrando en la isla de Alsen. El zar con sus amenazas acabó de decidir al rey de Prusia a aceptar el ofrecimiento del gabinete inglés, y a fines de mayo empezaron las fuerzas prusianas a evacuar la Jutlandia, y tras ellas ocuparon el país y el Schleswig los dinamarqueses, que también las atacaron desde Alsen el 28 del mismo mes. Al día siguiente, habiendo recibido Halkett una brigada de refuerzo, volvió a avanzar hasta el Nübelmoor y la abra de Flensburg, pero esto no pudo influir en el resultado general de la guerra. Un ataque que dió el general prusiano Wrangel en 5 de junio, con tropas federales y prusianas, a las posiciones enemigas cerca de Nübel y Satrup, tuvo por resultado la retirada de los alemanes, pero después de la acción de Hadersleben, en 29 de junio, pudieron estos ocupar de nuevo todo el Schleswig hasta la frontera de Jutlandia.

Entre tanto se habían abierto en Londres las conferencias para fijar las condiciones del armisticio y las de la paz subsiguiente, pero desde luego surgió una dificultad principal, que consistía en que uno de los dos beligerantes, el nuevo poder central alemán, era provisional y no estaba reconocido todavía por ninguna potencia extranjera. Todas querían tratar con la Prusia, y esta pretendía que era solamente el mandatario del poder central y solo como tal entendía tratar y ser considerada en este asunto. Esto era lo justo, atendido que Dahlmann, el ilustre e infatigable campeón de la independencia de los ducados, había inducido a la asamblea nacional constituyente a declarar en 9 de junio que la causa del Schleswig era la causa de la Alemania, que a esta correspondía su defensa y que la Alemania cuidaría, al hacer la paz con Dinamarca, que quedasen atendidos los derechos de los ducados y el honor de la nación alemana. Por lo demás era evidente que la posición de la Prusia en Alemania exigía imperiosamente que constase que ella había obrado solamente por orden y encargo del poder central.

El gobierno de Dinamarca, que por su parte apreció y aprovechó con habilidad todas las circunstancias, no quiso admitir de ningún modo la base propuesta por lord Palmerston de incluir el ducado de Schleswig, a excepción de los distritos del Norte, en la confederación alemana, de suerte que no hubo más remedio que suspender las negociaciones. Posteriormente, por la mediación de Suecia, volvieron a continuarse en Malmö y a veces en el palacio de Bellevue, cerca de Kolding en Jutlandia, hasta que las potencias interesadas consiguieron ponerse de acuerdo sobre las bases siguientes: un armisticio de tres meses, evacuación de los ducados por ambos beligerantes, separación de las fuerzas armadas de los ducados, conservando cada uno la suya propia, y la sustitución del gobierno provisional por una autoridad nombrada de común acuerdo por la Dinamarca y la Prusia. Apenas llegaron estas bases a oídos del público, cuando excitó en toda la Alemania una indignación general. El rey de Prusia fue acusado de haberse excedido de sus poderes, y deseoso de evitar compromisos, procuró en las negociaciones sucesivas reservar la aprobación al poder central alemán, pero topó con la resistencia unánime de todas las potencias que intervinieron en el asunto y que ni siquiera admitieron, no a las conferencias sino ni en el local donde se celebraban, al representante del poder central alemán, que hubo de alojarse y permanecer fuera del pueblo durante las sesiones.

Entre tanto que los diplomáticos encargados de la negociación se entendían con sus respectivos gobiernos para la ratificación y firma del armisticio, Schmerling, el nuevo ministro del poder central, al presentarse en esta calidad a la asamblea el día 28 de julio, aseguró que el general Wrangel, que representaba a la Prusia y por tanto al poder central en las conferencias, no admitiría ningún armisticio que no fuese honroso para Alemania. Siete días después se hizo aplaudir en la misma asamblea con la noticia de que las negociaciones se habían roto, de que la guerra continuaría como guerra alemana con tropas y recursos del imperio y de que contingentes austriacos y del Mediodía se agregarían a las fuerzas prusianas para probar al enemigo que la Alemania no se dejaba insultar impunemente. Estas no pasaban de fanfarronadas; el gobierno central tuvo que dar al prusiano la autorización para firmar el armisticio sin reservarse ni siquiera la ratificación, y el 26 de agosto lo firmó el representante del rey de Prusia en Malmö excediéndose de sus facultades, porque el rey, acosado por amigos y enemigos y ganoso de salir de tanta confusión, prescindió de instrucciones y poderes, hizo nuevas concesiones al enemigo, prolongó el armisticio de tres a siete meses, conforme había pedido la Dinamarca para poderse servir luego de sus buques de guerra, consintió en la anulación de todas las leyes y decretos publicados en los ducados desde el mes de marzo, y aceptó por último que el nombramiento para la presidencia del nuevo gobierno común de los ducados recayese en un dinamarqués, el odiado conde Carlos de Moltke.

Como el rayo cayó la noticia de este tratado en el parlamento nacional de Francfort, abriendo los ojos a muchos y destruyendo sus ilusiones. El ministerio central al presentar en la sesión del 4 de setiembre el tratado a la asamblea, la suplicó que no agravara la situación difícil con recriminaciones y resistencias inútiles. Por escandalosa que fuera la conducta del gobierno prusiano, ¿cómo negarle la aprobación? y negándola, ¿qué hacer? Contra los hechos brutales, ¿qué podría hacer un poder puramente nominal y trélico por grandes y justos que fuesen su indignación y su dolor? Abandonados tan miserablemente los ducados a su suerte, quedaba reducida la obra nacional alemana a una mera idea, a un buen deseo patriótico sin cuerpo, sin fuerza y sin

voluntad. Dahlmann propuso á la asamblea anular el tratado, no por un necio sentimentalismo sino para producir una manifestacion imponente y con ella una reaccion saludable sobre el pusilánime rey de Prusia, y concluyó su discurso diciendo: «Si nos rendimos á la primera prueba, á la vista del primer peligro, no volveremos jamás á levantar la cabeza que llevábamos tan erguida, y tómese nota de lo que digo.» El debate fué agitadoísimo y el resultado fué que la asamblea solo por la insignificante mayoría de diez y siete votos rechazó el armisticio, cuando dos dias antes ya lo habia ratificado el rey de Prusia. La citada mayoría, bastante heterogénea, no obró unánimemente por patriotismo ni por conviccion política sino por varios motivos puramente casuales. Los diputados mas patriotas votaron para ahorrar á la patria comun la vergüenza de la division, informalidad é impotencia; otros, los demócratas ó liberales exaltados, para sembrar discordias y promover si era posible la guerra civil, y otros para ayudar á destruir la obra de unificacion y á enemistar al parlamento con la Prusia.

Observando los principios constitucionales, dimitió aquel mismo dia el ministerio tan luego como se conoció el resultado de la votacion, y con igual rectitud encargó el regente la formacion de un nuevo ministerio á Dahlmann, jefe de la oposicion victoriosa, pero Dahlmann no pertenecia á la izquierda que le habia apoyado con sus votos y nada queria tener que ver con ella. Tampoco quisieron ni él ni sus partidarios ponerse en contra de la Prusia ni menos excitar una revolucion. No obstante, hizo esfuerzos para reunir un ministerio, pero solo recogió censuras de la derecha y de la izquierda por haberse opuesto al armisticio, y al tercer dia tuvo que renunciar al encargo. El regente lo dió entonces al segundo vice-presidente de la asamblea, el catedrático bávaro Hermann, cuyas diligencias cubrieron á su autor de ridículo á pesar de la gravedad de la situacion. No hubo mas remedio que volver al ministerio dimisionario, con Schmerling por presidente en lugar del príncipe de Leiningen. La asamblea se dejó de alardes huecos, y en la sesion del 16 de setiembre votó el armisticio por 258 votos contra 238, porque todos los floreos patéticos de los oradores no podian cambiar los hechos positivos, á saber, la mas solemne derrota y la impotencia aterradora de la asamblea. Esto no libraba al rey de Prusia del cargo de haber abandonado vilmente la causa nacional alemana.

Los liberales exaltados creyeron con esto que habia llegado el momento de dar un gran golpe que tiempo hacia meditaban, á fin de poner en escena algo por el estilo de la revolucion francesa del mes de febrero. Querian dispersar la asamblea nacional, que aunque producto del sufragio universal habia sido una decepcion cruel, y proclamar la república. La clase obrera alemana, que nada entendia de teorías socialistas ni comunistas, solo era accesible á las excitaciones de los pobres contra los ricos y á la apelacion á la fuerza bruta. Así habian ocurrido ya repetidos excesos y asonadas del populacho en Francfort, una dirigida contra el ministro Heckscher el 17 de setiembre, de la cual se escapó á duras penas. Aquel dia se reunió en los alrededores de Francfort una multitud de gente del pueblo, á quien los agitadores excitaron con sus discursos á enviar una comision al local donde se reunian los hombres de la izquierda para invitarles á abandonar la asamblea y apoyados en el pueblo armado constituirse en asamblea revolucionaria á imitacion de la *Convencion* francesa. A la mañana siguiente trató una turba de forzar la entrada en la iglesia de San Pablo, donde la asamblea celebraba sus sesiones; pero como el gobierno habia llamado previamente tropa de Maguncia, esta rechazó á las turbas, las cuales, puestas ya en accion,

desempeñaron las calles y construyeron barricadas. Sin embargo, todas fueron tomadas por la fuerza armada antes de ponerse el sol. Fuera de la poblacion cayeron en manos del populacho ébrio los dos diputados Auerswald y el príncipe Lichnowsky, que fueron asesinados inhumanamente. La sublevacion quedó dominada sin trabajo y restablecido el orden. En algunas otras poblaciones del Sudoeste de Alemania hubo asonadas análogas que tuvieron el mismo fin, y dos turbas capitaneadas por Struve y Blind, que desde Suiza habian penetrado en Baden, fueron arrojadas otra vez á Suiza por el general badense Hofmann, que las derrotó el 24 de setiembre cerca de Laufen.

Muchos de los miembros mas distinguidos de la izquierda la abandonaron, disgustados y espantados de las iniquidades que habia engendrado, de los elementos impuros que admitia en su seno y á su servicio, y de la ambigüedad y desfachatez de sus prohombres. El entusiasmo noble de las primeras semanas del movimiento liberal alemán se habia trocado en el deseo prosaico de seguridad personal y de propiedad. El famoso parlamento nacional, tan deseado y tan calurosamente aclamado á su aparicion, habia perdido la confianza de los pueblos alemanes y la fe en sí mismo; la derecha y la izquierda se miraban, como antes, llenas de coraje en lugar de trabajar en pro de la patria. La obra de la unidad de la Alemania murió antes de nacer, y aunque siguió vegetando la asamblea hasta el mes de abril del año siguiente, no era ya mas que una sombra. La suerte de los pueblos alemanes, despues del armisticio con Dinamarca, debia decidirse no ya en Francfort sino en Viena y en Berlin.

### CAPITULO III

#### AUSTRIA HASTA LA ABOLICION DE LAS SERVIDUMBRES FEUDALES Y EL LEVANTAMIENTO DE ITALIA

Aunque habia sido súbito el choque de la revolucion en Alemania, todavía hubo tiempo en Francfort y en Berlin para pensar en unir lo viejo con lo nuevo, en Francfort por medio de la dieta ó congreso federal permanente y en Berlin por la reunion de la asamblea de los Estados provinciales. No sucedió así en Austria, allí se saltó sin transicion alguna del absolutismo puro á la vida constitucional, hasta donde era posible en un pueblo que en su inexperiencia política creia haber conseguido todos los atributos de la libertad constitucional con una guardia nacional, que á imitacion de Francia se organizó en Viena y en otras ciudades principales, con la abolicion de la censura y con eludir las órdenes de las autoridades hasta donde cada uno se atrevia. El primer ministerio que se encargó de la direccion de la nave del Estado, en lugar del antiguo consejo de Estado, se llamó ministerio responsable, para imitar mejor el sistema constitucional; á su cabeza se puso el conde de Kolowrat, que fué reemplazado en 3 de abril por el conde de Ficquelmont, y este, en 4 de mayo, por el baron de Pillersdorf. Este último era adversario del sistema de gobierno absoluto, pero su avanzada edad y la rutina administrativa pudieron mas que sus deseos, y así creyó haber cumplido con su deber manteniendo el orden público y obedeciendo á las personas que representaban en los consejos al emperador, que eran las mismas que antes de la revolucion, á saber, el archiduque Luis y la archiduquesa Sofia, cuyo único pensamiento era dejar pasar la tempestad y velar por la dinastía y sus Estados en aquellos revueltos tiempos. El terreno, en efecto, no podia ser en ninguna parte mas deleznable que en Austria para fundar un Estado constitucional y libre. La caida repentina del absolutismo perjudicó á la unidad del

imperio. Todas sus diversas naciones reclamaron sus derechos, empezando por la Hungría, donde las cosas estaban tan maduras que solo faltaba una leve conmocion exterior para dar alas al elemento liberal moderno, que en un instante se sobrepuso á la oposicion, que hasta entonces se habia manifestado ya dentro del círculo del régimen antiguo. El partido liberal moderno pidió de una vez la autonomia completa de la Hungría, con una constitucion democrática, con lo cual dió carácter á la lucha, señalando al pueblo magyar, y al mismo tiempo á los demás que componian la monarquía austriaca, los derechos de su nacionalidad como fin de sus esfuerzos, y al gobierno imperial central como blanco inmediato y preferente de los suyos, la integridad y unidad de la monarquía. La mesa ó cámara de los magnates se apresuró á hacer suyas las reclamaciones de la asamblea de los Estados, pero esta, arrastrada por Kossuth, prescindió de los magnates y decretó de su propia autoridad la libertad de la prensa, la abolicion de todo privilegio de exencion de impuestos, y la liberacion y amortizacion de toda gabela y servidumbre feudal. El parlamento unido envió una comision numerosísima al gobierno central del imperio. Recibida esta comision con entusiasmo por la poblacion de Viena, hecha súbitamente liberal, revolucionaria y fraternizadora, obtuvo del emperador la concesion del primer ministerio húngaro responsable, que sin dilacion formó el conde Luis de Batthyany con los oradores de oposicion Kossuth, Eötvös, Deak, Esterhazy y hasta el noble Szechenyi, que antes que monárquico era patriota húngaro. Una de las primeras medidas fué reemplazar en todo el territorio del reino de Hungría los colores y escudos austriacos por los nacionales húngaros. En la capital, Pest, se formó una junta de salvacion pública que representó la voluntad nacional y se impuso muy pronto al parlamento. Con esta junta consiguió Kossuth despertar á la poblacion rural, que tomando una actitud amenazadora exigió la supresion de las cargas y servidumbres que pesaban sobre las fincas rústicas á favor de los dueños del territorio, que eran los nobles y la Iglesia, y la abolicion de la jurisdiccion civil de estos sobre sus feudatarios. Con estas concesiones ganó Kossuth la voluntad de la poblacion rural para la causa de la libertad, mientras por otra parte obligaba de rechazo á la nobleza y al clero á tomar una actitud benévola, y á este último á renunciar, además, al diezmo. La actitud del parlamento en frente del gobierno imperial era igualmente exigente y altanera. Este último cedia á las exigencias húngaras cuando no podia eludir las, demostrándolas y cercenándolas de todas las maneras imaginables, entre otras reservándose nombrar un jefe comun á los ejércitos húngaro y austriaco. El emperador pidió, como rey de Hungría, una asignacion sobre el tesoro húngaro; que este se encargara de una parte de la deuda del imperio y contribuyera á las demás cargas del Estado, y que mantuviera á sus expensas las tropas imperiales destacadas en Hungría; pero todo fué rechazado por el parlamento. El lugarteniente imperial, el conde palatino encargado de comunicar los deseos del parlamento al emperador, al oír que Batthyany y su ministerio dimitirian si el emperador contestaba negativamente, aseguró, para evitar que la situacion se enconara mas, que también él en tal caso se retiraría de su puesto. En Viena no se ignoraba que toda negativa seria seguida inmediatamente de la revolucion, y para no llegar á este extremo el gobierno imperial concedió todo cuanto los húngaros pidieron y aun mas, delegando el emperador todos sus privilegios, derechos y prerogativas reales en el virey ó conde palatino siempre que él residiera fuera de Hungría. Otorgó también la reunion anual del parlamento húngaro, no como hasta entonces en Presburgo ni otra ciudad sino siempre

en Pest, la capital; sancionó una ley electoral liberal, la supresion de la corvea y demás gabelas feudales, incluso el diezmo; la de la jurisdiccion civil y criminal de los dueños del territorio, y la de la vinculacion de los bienes inmuebles de los patrimonios nobles; accedió á la reforma de las asambleas de los nobles en los condados, decretó la igualdad ante la ley de todas las religiones, la sustitucion de los colores, banderas y escudos austriacos por los húngaros, la abolicion de la censura y la supresion de la cancillería húngara en Viena. Es decir, que aceptó la independencia completa de la Hungría excepto en lo tocante á la persona del monarca; y en esto se llegó al extremo de prohibirse á los jefes del ejército húngaro aceptar órdenes de la corte y gobierno de Viena, sino únicamente del gobierno húngaro.



O. Jellachich

En 14 de abril pasó el emperador Fernando á Presburgo para cerrar como rey de Hungría el parlamento y confirmar las leyes votadas. Hecho esto, fué trasladado el gobierno á Pest.

Kossuth, el tribuno defensor de los derechos de la nacion húngara, el ídolo de sus compatriotas y hasta de los austriacos alemanes, era el verdadero dueño de su país, y con razon pudo decir en el parlamento: «Soy un simple ciudadano, fuerte solamente por el poder de la verdad, y sin embargo ha querido la Providencia que con un movimiento ligero de mi mano pueda decidir la suerte de la casa de Austria.»

Todas las conquistas liberales obtenidas por los húngaros debian engendrar forzosamente nuevas luchas, porque por un lado era de preveer que el gobierno austriaco trataria de arrebatar á la nacion magyar las concesiones que le habia arrancado tan luego como se sintiera con fuerzas para ello, y por otro lado aquellas conquistas no podian menos de excitar la envidia de otras naciones y muy especialmente de las englobadas en la monarquía austriaca, y estimularlas á probar también fortuna. En efecto, no tardaron en hacerlo los pueblos eslavos del Mediodía del Austria, cuyos territorios formaban parte de la monarquía húngara, y que no solamente pidieron libertades individuales sino también las nacionales, el uso oficial de su idioma, su ejército y su